

misma, y que en los siglos XI y XII el Occidente cristiano, y con el Navarra, se encuentran con un modelo social consolidado, donde la aristocracia feudal tiene un papel sin duda relevante. Pero pueden igualmente interpretarse como hipótesis viable, aunque sin duda necesitada todavía de mayor demostración, que esas dos bases inicial y final son extremos de un todo continuo en el que el proceso de señorialización de lo público y de "servilización" consiguiente de la mano de obra campesina y de su renta se produce de forma continuada, de suerte que la monarquía pamplonesa que surge en el siglo X es ya, en sí misma, el ejemplo de un modelo protofeudal que se consolidará, sin duda, en las dos centurias siguientes, pero que viene arrastrado desde atrás. El patrimonio real y su gestión a lo largo de los siglos X y XI no serían tanto la reafirmación de lo público cuanto el apoyo en un patrimonio privado ya tradicional de un grupo social, la nobleza, y de su cabeza más prestigiosa y sin duda económicamente más sólida, la propia *familia regis*, para la construcción de esa monarquía que le diese cobertura ideológica y territorial frente a al-Andalus y de forma paralela –y no siempre coincidente– frente a las demás monarquías hispanas. Sin duda, esa fundamentación intelectual se pretendía enlazada con el mundo romano e hispanovisigodo, pero sus bases reales habrían cambiado mucho a lo largo de un dilatado período de más de quinientos años.

El debate es sin duda sugestivo, y el magnífico trabajo del profesor Larrea abre líneas de discusión apasionantes y apasionadas, como lo están siendo para el conjunto del Occidente europeo. Siquiera tardíamente, Navarra se ha incorporado al debate, de la mano de una obra que merece, y ha merecido, encendidos elogios, incluso por los que no están –no estamos– de acuerdo con algunas de sus argumentaciones fundamentales.

Fermín Miranda García
Universidad Pública de Navarra.

José Luis de la Granja Sainz, *El nacionalismo vasco (1876-1975)*, Arco/Libros S.L, Madrid, 2000.

Con la ingente bibliografía que en las dos últimas décadas se ha producido en torno al nacionalismo vasco, no es fácil realizar una síntesis que abarque su estudio en un marco cronológico tan amplio. Así, es comprensible que José Luis de la Granja Sainz haga hincapié en que el cuaderno *El Nacionalismo Vasco (1876-1975)* intenta “paliar la escasez de buenas síntesis en la historiografía vasca actual, que ha sobresalido, en cambio por la calidad de sus monografías”.

Este estudio viene dividido en cinco capítulos que resaltan los momentos históricos más relevantes del nacionalismo vasco desde la ley de abolición de los Fueros hasta la muerte de Franco (1975). En el primero de los apartados, de la Granja hace

mención a los orígenes del nacionalismo vasco, dando una importancia capital a la literatura fuerista y romántica. En este sentido, señala: “La labor de los literatos fueristas consistió en utilizar la historia al servicio de la leyenda con la finalidad política de defender los Fueros, ensalzados y mitificados, intentando así legitimarlos y evitar su extinción”. Asimismo, sostiene que la industrialización de Vizcaya contribuyó también a crear en la media y pequeña clase burguesa un sentimiento nacionalista, tomando como elementos importantes el caserío y el mundo rural, “emblemas donde se guardaba la sociedad vasca tradicional”.

No hay que olvidar la importancia capital de la ley de 1876 en el surgimiento del protonacionalismo y de la organización del nacionalismo vasco de 1895, pues fue el acicate para que éste empujase con más fuerza. Esta ley supuso el nacimiento de dos vertientes nacionalistas, como son los éuskaros navarros y los euskalerriacos bilbaínos. Ambos tuvieron entre sus filas a destacados escritores y publicaron revistas que ayudaron a fortalecer el “sentimiento prenatal en el último cuarto del siglo XIX”.

En la última parte de este primer capítulo, de la Granja Sainz menciona otro movimiento entre los precedentes del nacionalismo vasco: el Carlismo. Precisamente recuerda que de éste surgió una de las figuras más emblemáticas y que más ha aportado sin duda al nacionalismo, como es Sabino Arana. El segundo capítulo del cuaderno está dedicado a esta figura, que es la que dio las bases teóricas más importantes y los postulados al partido que ha sido y es ahora la columna vertebral del nacionalismo vasco: El PNV. El autor hace un recorrido por la vida de Arana dando una sucinta referencia de los hitos que marcaron su vida y su evolución política: desde el Sabino Arana joven, donde priman sus valores “religiosos, la raza vasca, y no la lengua”, para pasar por el elogio a la industrialización de Vizcaya y el de su capital, Bilbao, y terminar siendo en sus últimos años de vida el Arana “españolista”. Para el profesor de la Granja, en esta última etapa, Sabino Arana se percató de que su idea de Euskadi independiente era una “utopía inalcanzable políticamente e inexistente históricamente, pero sí era imaginable literariamente”. Si bien, escribió en aquellos momentos su célebre “Libe”, todavía un “canto a la independencia originaria de Vizcaya y un regreso a su bizkaitarrismo inicial...”.

El tercer capítulo de este estudio se centra en la evolución del nacionalismo tras la muerte de Sabino Arana y su devenir en la época de la Restauración y la Dictadura de Primo de Rivera. Se hace referencia a los hitos más importantes que marcaron la evolución del PNV, desde su pérdida de rumbo tras la muerte de su fundador, pasando por su transformación en “Comunión” (1916) y la división entre moderados y radicales (1921) que llevó a la escisión de los aberrianos al final de la Restauración. Es en este punto de la obra donde el profesor de la Granja analiza otros movimientos políticos y culturales que han contribuido también con sus ideas y acciones a crear la historia del nacionalismo vasco, como fue la prensa nacionalista, e introduce las ideas de otras figuras destacadas del nacionalismo, como Sarría y Landeta.

La cuarta parte del libro, titulada “Triunfo y tragedia en la República y la Guerra Civil”, se centra en el estudio de los tres movimientos que más importancia tuvieron en aquella época: PNV, ANV y JAGI-JAGI. El autor analiza sus diferencias y sus

similitudes para aclararnos los distintos puntos de vista existentes en el nacionalismo vasco. Si bien es cierto que, como en el resto del cuaderno, de la Granja Sainz hace un estudio más pormenorizado del Partido Nacionalista Vasco. En la República, el PNV pasó por dos etapas. En la primera de ellas se desarrolló orgánicamente y “se configuró como un partido-comunidad con vocación de totalidad y un embrión de un futuro Estado vasco”. En estas fechas tuvo importantes éxitos políticos que el profesor de la Granja señala más detalladamente. La segunda fase (1932-1935) supuso una grave crisis y división interna. Para terminar esta etapa histórica, el autor analiza algunas cuestiones importantes en la temática nacionalista como son las sociales y religiosas y, sobre todo, la autonómica, o la disyuntiva entre monarquía o república aportando su punto de vista y los hechos que supusieron el posicionamiento en un lugar u otro de las distintas fuerzas nacionalistas a lo largo de esta época.

La Dictadura de Primo de Rivera supuso la opresión para el nacionalismo radical y una vida más sosegada para el moderado que desarrolló, sobre todo, una gran labor en los campos de la cultura o el deporte, ámbitos no políticos pero que hicieron posible mantener el espíritu nacionalista.

En el apartado dedicado a la Guerra Civil, de la Granja se ocupa de las distintas posturas que tomaron los movimientos nacionalistas (PNV, ANV y *Jagi-Jagi*) en la contienda. A su juicio, el 18 de julio de 1936, cuando el PNV se decanta por el lado de la República, fue “la prueba de fuego de su evolución democrática y la más trascendental del PNV en toda su historia, hasta el punto de que cabe dividirla en dos grandes épocas: antes y después del 18 de julio de 1936”.

Para terminar, el último de los capítulos del cuaderno se dedica al exilio y la resistencia contra la dictadura de Franco. De la Granja analiza algunas de las acciones que se llevaron a cabo fuera de nuestras fronteras para mantener vivo el nacionalismo vasco y destaca la figura del lehendakari Aguirre. Como en los capítulos precedentes, da una visión global de la prensa nacionalista y acaba concluyendo cómo el PNV se acercó en los años cuarenta y cincuenta a las ideas de la democracia cristiana, movimiento en el que ya había puesto sus ojos en la II República.

Para terminar este capítulo, de la Granja dedica varias páginas al nacionalismo más radical: ETA. Es una sucinta referencia a su surgimiento y la evolución de este grupo terrorista donde resalta la importancia del proceso de Burgos en la propagación de sus posturas.

Como señalábamos al principio, no es fácil recoger en apenas ochenta páginas lo que ha sido y es el nacionalismo vasco a lo largo de un siglo. No obstante, la filosofía divulgativa de este estudio se completa con un útil apéndice documental donde se recogen varios de los textos más ilustrativos para analizar la evolución política e ideológica del PNV, movimiento en el que se centra casi exclusivamente José Luis de la Granja Sainz. Quizá, al menos desde Navarra, se echa en falta un mayor tratamiento a la especificidad de esta provincia. No obstante, el autor incluye en la bibliografía final los títulos más señeros de este territorio, singularmente las últimas publicaciones de Iosu Chueca y José Luis Nieva.

Raquel Recalde